

Tomás Sansón*

CONTRIBUCIÓN PARA UN ESTUDIO DE LOS CIRCUITOS DE RELACIONAMIENTO INTELECTUAL ENTRE HISTORIADORES ARGENTINOS, CHILENOS Y URUGUAYOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

La apropiación y manipulación del pretérito ha sido una estrategia reiteradamente utilizada. Quien desde el poder controla el pasado es capaz de influir sobre el presente. Los historiadores latinoamericanos contribuyeron a definir los imaginarios dominantes en sus respectivos países ofreciendo una memoria y una utopía, es decir, un pasado común y religante articulado en torno a ciertos mitos, y la promesa implícita de un futuro venturoso.

Este artículo pretende ofrecer una contribución original al conocimiento de uno de los pilares fundamentales que les permitieron a los historiadores elaborar sus relatos fundantes: las redes y circuitos de relacionamiento e intercambio intelectual que permitían el acceso a insumos heurísticos esenciales para la “construcción imaginaria” de las nacionalidades latinoamericanas.

* Universidad de la República, Montevideo.

Estos investigadores constituían una comunidad intelectual que superaba las fronteras territoriales y se encontraba condicionada por las circunstancias históricas y relacionado por circuitos de intercambio cultural. En este contexto fue posible la evolución de la historia como disciplina, la elaboración de los relatos generadores de la conciencia nacional y el consecuente sentimiento de nacionalidad.

La historiografía contribuyó a dotar de límites cronológicos y, especialmente, sustento racional –por más irracionales que fueran algunos de los relatos elaborados entonces- a las entidades políticas que buscaban cohesionar a sus respectivas comunidades para generar condiciones de desarrollo y viabilidad.

Uno de los problemas más importantes de los historiadores americanos era el acceso a la bibliografía y las fuentes. Los repositorios públicos estaban en una etapa embrionaria. Los circuitos por los cuales circulaba la información eran variados y estaban interconectados en una compleja urdimbre que no resulta fácil de desmadejar a más de un siglo de distancia.

Para subsanar estos inconvenientes se generaron redes de relacionamiento que permitían acceder a los insumos necesarios para las investigaciones. La condición de coleccionista era indisociable de la de historiador. Los historiadores poseían bibliotecas y archivos muy importantes conformados por documentos copiados o, incluso, originales.

El aporte de contemporáneos, de los hechos investigados, era otra vía para conseguir información. La proximidad cronológica y familiar con protagonistas de la revolución o sus descendientes permitía que los historiadores accedieran, generalmente por donación a documentos que se encontraban en manos privadas.

Las librerías eran verdaderos centros de encuentro e intercambio donde se generaban animadas tertulias de intelectuales con inquietudes similares. En Buenos Aires se

destaco la del uruguayo Carlos Casavalle, una pieza importante en el engranaje de la distribución de documentos y libros.

Los gobiernos en general no dieron apoyo económico, salvo en circunstancias muy especiales relacionadas a cuestiones limítrofes, a la investigación histórica.

La preocupación documental no estuvo acompañada por una temprana adopción de los métodos críticos. Las colecciones publicadas - Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata de Pedro de Angelis; la colección del Comercio del Plata- o los esfuerzos privados, se limitaban a transcribir las fuentes.

Para el estudio de los circuitos de intercambio existente nos hemos concentrado en dos de los principales epicentros historiográficos de la época: Mitre y Lamas, receptáculos de las inquietudes, elogios, consultas y "obsequios" de sus colegas.

Un dato primario aportado por el corpus epistolar, es la intensidad y frecuencia de los contactos entre las dos orillas, e incluso con Chile. El tono de las misivas denota no solo una relación profesional sino también vínculos de tipo afectivo, consecuencia de años de conocimiento y avatares compartidos durante aquellos tiempos turbulentos. La proximidad entre chilenos, argentinos y uruguayos fue muy estrecha, especialmente entre Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, Mitre y Lamas.

Mitre sostuvo con Vicuña Mackenna una frecuente correspondencia que testimonia intercambio de pareceres, informaciones, libros y críticas de las producciones mutuas. En el marco de esta relación tan amistosa, había espacio para reclamarse sin pudores obras de uno y otro que por azar del correo no habían llegado a destino. Así lo hace Mitre, en una ocasión solicitándole a Vicuña ejemplares de Los viajes por Europa y América, y el Ostracismo de O'Higgins. También le pide un ejemplar del catálogo de su biblioteca, evidentemente para

ampliar su "banco de datos" en caso de necesitar específicamente algún material que estuviera en poder de su amigo.

Vicuña fue un entusiasta difusor de las obras de Mitre y de otros argentinos en Chile, asimismo, impulsó a sus colegas chilenos para que enviaran materiales a Buenos Aires. En ocasión de recibir una de las ediciones de la Historia de Belgrano, publicó un análisis de la obra en el periódico *El Ferrocarril* de Santiago. Le notificó la buena recepción de la obra en la capital chilena. Por su parte, Mitre monitoreaba la venta de los libros de Vicuña en Buenos Aires.

Los comentarios de Vicuña a la Historia de Belgrano fueron elogiosos, pero no ocultó algunas observaciones que el propio Mitre le prometió contestar. Vicuña tomó en cuenta la respuesta de su colega y se congratuló de haber sido causa de que pudiera esclarecer algunos puntos de la obra.

Cada uno de estos intelectuales era una pieza de un complejo engranaje que hacía funcionar la "máquina cultural" en la época. Cuando viajó a Europa le escribió dos o tres veces a Mitre y se preocupó —en España, Inglaterra, y Francia— de adquirir ejemplares duplicados de libros que pudieran interesarle para enviárselos. Por su parte, Mitre estaba contactado con varios chilenos como Miguel Amunátegui, Miguel Lastarria, Ambrosio Montt, entre otros. Todos, a insinuación de uno, estaban dispuestos a facilitarse materiales y contactos.

No solo de cuestiones intelectuales trataban las cartas, también los tópicos de la política argentina, chilena e incluso americana, ocupaban la atención de ambos personajes. Uno de los puntos más álgidos era el de las relaciones entre las dos naciones por problemas limítrofes.

No solo los unía el gusto por las letras sino también una mentalidad liberal opuesta a personalismos de cuño caudillista, con fe en el desarrollo de la cultura y la extensión de lo que Sarmiento dio en llamar la "civilización". Fueron entusiastas

promotores del proceso de modernización en sus países. Vicuña comentaba a Mitre:

"(...) yo aplaudo con las dos manos lo que se llama 'comercio transandino', 'telégrafo transandino', 'ferrocarril transandino', porque todo eso significa paz y trabajo, unificación de razas y aglomeración verdadera de territorios. El día en que la Moneda de Santiago y la casa de gobierno de Buenos Aires estén a cuarenta y ocho horas de camino, todas las cuestiones territoriales y todas las cuestiones de fronteras que nos dividen se me figura que serán cuestiones de una visita y de un apretón de manos".

Reconoce en el argentino no solo un historiador sino también un estadista que puso la historia al servicio de la consolidación de la nacionalidad:

"Termine la gran empresa de su talento y de su espada, que es a mi juicio la de fundar la historia nacional como literato, y la de encarrilar la revolución de que usted ha nacido desde el 11 de setiembre de 1852, en el carril por el cual Belgrano había empujado la revolución de que él, a su turno, había sido símbolo y caudillo en 1810".

La amistad entre los dos intelectuales fue prolongada e incluso superó varios años de interrupción epistolar. En 1874 reiniciaron la correspondencia en el mismo tono y ocupándose de los mismos tópicos que a comienzos de la década anterior.

Las relaciones de Mitre con Diego Barros Arana eran más fuertes, tanto por el tiempo que éste permaneció en Buenos Aires, como por los intereses temáticos comunes: las luchas por la independencia de sus respectivos países. Como en el caso de Vicuña, el vínculo trascendió lo profesional para profundizarse con los años. Testimonio de esto es el fragmento que sigue:

"Su carta me ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué a la parte de ella en que me habla de su biblioteca de 10.000 volúmenes, de los cuales 6.000 son americanos, y me bosqueja su local, (...) me lo imaginé, como usted lo dice, absorto en el estudio, sin acordarse de otra cosa, como le sucede a todo hombre de labor intelectual en medio de esa embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador. Mi deseo en aquel momento fue poder volar hasta su biblioteca, interrumpirle en medio de sus meditaciones, y después de abrazarle como amigo, entablar una de aquellas interminables pláticas de otro tiempo que sobre libros viejos y

conocimientos nuevos hemos tenido tantas veces, y que hoy con la edad y las adquisiciones del tiempo y del trabajo tendrían, sin duda, más sabor y más substancia que entonces”.

Barros estuvo en Europa y pudo consultar muchos archivos, especialmente los de Simancas y Sevilla. En este último permaneció cincuenta días seleccionando documentos relacionados con Chile.

Las cartas de Barros del año 1860 desde París constituyen un interesante testimonio de los denodados esfuerzos que realizaban los investigadores rioplatenses por acceder a los materiales necesarios para sus trabajos. Les atraían especialmente las “rarezas”, como decían en la época, es decir, libros o documentos poco conocidos o en ediciones antiguas. Del mismo modo ilustran sobre los múltiples contactos que éste tendió, especialmente gracias a la buena relación que entabló con el bibliógrafo Pascual de Gayangos quien lo relacionó con varios intelectuales españoles y lo presentó en bibliotecas y archivos

Barros no titubeó en ofrecerle a Mitre copia de todos los documentos vinculados con Argentina que encontró en Europa. Uno de los ejemplos más significativos es el de una serie sobre San Martín, especialmente su foja de servicios en Europa.

Lamas también fue tributario de las gentilezas de Barros cuando se encontraba en Europa. Desde París le cuenta en 1859:

“Hoy he escrito catorce cartas para el Río de la Plata, pero no quiero perder esta oportunidad de escribirle cuatro letras (...). Aquí he recorrido las librerías para buscar algunos libros americanos, y le he juntado algunas curiosidades que le remitiré en breve, cuando haya podido aglomerar alguno notable. De todos modos espero sus órdenes para buscarle aquí todo lo que pueda interesarle”.

Barros era en ese momento un privilegiado al disfrutar de la inmediatez de repositorios riquísimos para el conocimiento del pasado americano, y se muestra dispuesto a compartir los beneficios de su viaje. Esta actitud era típica de la época: interés

por mantener "abierto el crédito", es decir, asegurarse de la reciprocidad de los colegas.

Observamos una actitud sistemática por actuar de manera servicial impulsada por las necesidades mutuas de ayuda heurística. La siguiente carta dirigida a Lamas es clara al respecto:

"Aunque su hijo de Ud. va a ser carta viva para darle cuenta de la satisfacción que he tenido al verlo en Chile, no he querido dejar pasar esta oportunidad sin escribir a Ud. cuatro letras.

"Las ocupaciones extraordinarias de que me veo rodeado en esta época del año, teniendo que presenciar un inmenso número de exámenes, me han impedido prestar a su hijo todos los servicios y atenciones a que es merecedor. Por otra parte, él no ha necesitado de mis atenciones porque cuando se tienen relaciones con los banqueros, la amistad de los literatos puede ser más sincera y obsequiosa pero menos importante.

"Sin embargo, he hecho por servir al hijo de Ud. todo lo que era posible, lo acompañé a algunos paseos, le recogí algunos libros y lo recomendé a un librero que lo ha atendido y servido mucho. El contará a Ud. sus aventuras de viajero y los pormenores que ha tenido que sufrir con motivo del incendio del hotel en que vivía".

Véase la preocupación manifiesta por excusarse de no haber podido brindar las atenciones que consideraba lógicas. No obstante, hizo lo que pudo para satisfacer uno de los requerimientos básicos: novedades bibliográficas.

Vale la pena establecer que muchas veces los vínculos personales, erigidos en base a una afinidad temática y profesional, también eran utilizados con otros fines que trascendían lo intelectual.

Luego de estas formas corteses, Barros pasa directamente a la cuestión bibliográfica:

"Entre las publicaciones que envió a Ud. van los Anales de la Universidad, la colección más completa que he podido reunir con bastante trabajo, un ejemplar completo de la historia de Chile de Gay con sus atlas, algunos otros libros que irán a aumentar la rica biblioteca de Ud. He conseguido, además, que se le entreguen otras obras que son propiedad del gobierno. En todo esto su hijo no ha gastado nada; pero sí ha comprado algunos otros libros de cierto

interés. En esta parte, he hecho también lo que me ha sido posible para evitarle que sea explotado. He sentido vivamente que mis ocupaciones me hayan impedido prestarle servicios más efectivos y reunirle un mayor número de libros.

“He dicho a don Andrés h. que en adelante seré yo el corresponsal de Ud. para la adquisición de libros chilenos, o más bien dicho, que estoy ya dispuesto a desempeñar todas las comisiones que Ud. quiera confiarme. En el desempeño de estas comisiones no debe figurar para nada el dinero, esto es Ud. me encarga los libros y yo se los envío sin gasto ninguno para Ud., si bien puede ser que alguna vez le pida algunas publicaciones argentinas o brasileras.

“Igual convenio tenía celebrado con nuestro amigo Mitre; pero la Guerra del Paraguay produjo una suspensión en nuestras relaciones motivada por su ausencia de Buenos Aires. Hágame el favor de decirle que el convenio anterior está vigente todavía y que me de sus órdenes como se pueden dar a un amigo antiguo e invariable. El establecimiento de los vapores por el estrecho facilitan mucho esta clase de canje literario”.

Interpuso su influencia y buenos oficios para que el hijo de Lamas consiguiera libros interesantes y al mínimo costo posible —lo económico era una preocupación constante—. Como lo indicamos antes, la generosa disposición de Barros no es totalmente desinteresada, tiene una intencionalidad clara y legítima que a ningún colega le parecía en aquel momento escandalosa: que Lamas le envíe, cuando él se lo requiera algunas publicaciones “argentinas o brasileras”. Curiosamente no menciona libros uruguayos, dato significativo que puede revelar varias cosas: desde la pequeñez e insignificancia del mercado cultural de este país, hasta la consideración de Lamas como un hombre internacional con importantes vínculos en los dos países mencionados.

La inclusión de Mitre en la misiva simplemente refleja la profunda y antigua relación que unía al chileno con el argentino. En los hechos, Barros le propone a Lamas un “contrato” en pie de igualdad con el celebrado con el común amigo. Surge también el tema de las vías y los medios de comunicación, en este caso los navíos que viajaban por el estrecho de Magallanes. En muchas

ocasiones la geografía -distancias y accidentes- se transformaba en un serio impedimento.

Lamas no dejó pasar la oportunidad, prontamente le escribió enviándole dos paquetes de libros argentinos y prometiéndole algunos libros brasileros, al tiempo que solicitaba obras concretas.

Otra de las características de la correspondencia entre historiadores era la comunicación de sus proyectos editoriales, comentario de publicaciones concretas y difusión de las obras. La siguiente misiva de Lamas a Barros es un testimonio inigualable de lo expresado:

“El último tiempo que pasó Ud. en el Río de la Plata, fue tiempo de grandes amarguras y contrariedades para mi familia, que me preocuparon y me hicieron descuidar a mis relaciones y mis propios libros y papeles.

“Fue necesario nada menos que el deber sagrado para mí de asociarme a la apoteosis de Don Bernardino Rivadavia, que había honrado mi adolescencia al principiar en ella mi vida pública por la misma proscripción que terminaba la suya, para que yo volviera a salir de la oscuridad en que me había encerrado y fuera recobrando paulatinamente los gustos y los hábitos de que me había alejado.

“Hoy esa evolución está casi terminada, y al anunciárselo a Ud., mi querido Señor, le extiendo mi mano para presentarle el Libro del primer centenario de aquel argentino ilustre.

“Adjunto otro ejemplar para que, si Ud. cree que puede ser benévolamente recibido, se sirva presentarlo en mi nombre a la Universidad de Chile.

“En los primeros meses del año entrante cuento principiar la impresión (de que se hace cargo Casavalle) de mi Rivadavia completo. Serán tres tomos en 8°. Mayor, dos de texto y uno de documentos. Espero que esta edición no adolecerá, como el libro del centenario, de muchas incorrecciones tipográficas.

“Nuestro amigo Mitre me dice que le ha enviado algunos libros de los que se han publicado por aquí. Dígame los que desea, seguro de que me ocuparé con mucho placer en buscarle lo que le falta”.

El obsequio personal era un recurso para introducir el libro en el mercado chileno, o por lo menos, hacerlo conocer entre los

historiadores de ese país. Nuevamente aparece Mitre, amigo común, remitiendo al otro lado de la cordillera novedades editoriales. No podía faltar la obligada cortesía poniéndose a disposición para enviarle los libros que le falten.

Frecuentemente cruzaban la frontera “cajones” cargados de libros y documentos destinados a enriquecer las bibliotecas particulares y, en algunas ocasiones, las públicas. En caso de disponibilidad, mandaban varios ejemplares para que el receptor los repartiera a otros colegas.

Siguiendo lo que parece una práctica común, Mitre y Barros comentaban y criticaban mutuamente sus obras. Mitre analiza detalladamente la Vida y viaje de Magallanes de Barros reconociéndolo como uno de sus mejores trabajos tanto por las noticias histórico-geográficas como por el respaldo heurístico. Hace puntualizaciones críticas minuciosas que revelan una lectura detenida.

Una dificultad importante era el alto costo económico y los ingentes esfuerzos que debían hacer los historiadores para difundir sus obras. Diego Barros Arana, en carta a Mitre, expresa el problema:

“Anteayer hice también en Santiago un enorme paquete o cajón de libros chilenos sobre historia (Amunátegui, Vicuña, yo, etc., etc) que me pedía un amigo librero de Londres (Trubner), para un personaje que está estudiando historia americana.

“Usted verá por esto que los literatos de estos países estamos obligados a ser correctores de pruebas, editores y hasta comisionistas. Este último papel ocasiona muchos gastos, que, sin embargo, yo hago con todo gusto para facilitar el conocimiento de este mundo, tan poco conocido”.

De la correspondencia entre Barros y Mitre emanó una extensa misiva del argentino fechada el 20 de octubre de 1875 - publicada posteriormente con el título Carta sobre la literatura americana-, donde vierte interesantísimas consideraciones sobre la historia y los historiadores americanos.

La correspondencia entre Barros y Mitre revela también los contactos del chileno con Andrés Lamas. Expone su malestar porque envió puntualmente ejemplares de la Revista Chilena pero no obtuvo reciprocidad de Lamas con materiales hemerográficos argentinos; tampoco cumplió con la obra del P. Lozano a pesar de que Barros le había obsequiado varios libros. Sus palabras denotan falta de solidaridad por parte del uruguayo a quien le mandaba "puntualmente" todo lo que publicaba.

Lamas era conocido y respetado en el ambiente cultural chileno pues son varias las referencias a su persona hechas por historiadores de ese país. Lo consideraban, conjuntamente con Mitre, uno de los hombres más cultos de la época. Resultan muy ilustrativas las palabras de Miguel Luis Amunátegui al respecto en carta remitida a Mitre:

"En mi concepto, usted y el señor Lamas prestan un verdadero servicio a la América Española, dando el provechoso ejemplo de la formación de bibliotecas especiales, como las que Diego me dice que ustedes han reunido".

Lamas y Mitre, figuras mayores de la historiografía rioplatense, compartieron una larga amistad que comenzó seguramente en la redacción de El Iniciador (1838-1839) y se prolongó hasta la muerte del uruguayo. Uno de los momentos más significativos para ambos fue la fundación en 1843 del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

En febrero de 1846 Mitre en su "Diario" hizo algunas anotaciones sobre Lamas que resultan significativas por su carácter premonitorio sobre el rol trascendente que el oriental tendría en el desarrollo de los acontecimientos en el Río de la Plata.

Después de la fundación del Instituto Histórico Lamas y Mitre se abocaron a la tarea de investigar las biografías de los héroes americanos. Lamas estudiaría a Belgrano y Mitre a Artigas. Los años pasaron y los avatares políticos los separaron, pero, aparentemente, los dos seguían trabajando en esos temas de

acuerdo a la correspondencia del primer lustro de la década del 50.

Desde Valparaíso, Mitre le solicitó a Lamas:

“la colección de documentos que Ud. ha publicado en el Comercio del Plata, la selección que Ud. tenía de las campañas de Artigas, que se publicó en el periódico del Instituto de Río de Janeiro, y todo lo que tenga disponible respecto de la vida de este caudillo, que pienso publicar dentro de poco, así como la vida de Moreno, San Martín y Bolívar, cada uno de los cuales formará un libro”.

Dos años después insiste en torno al mismo tópico:

“(…) Desde luego voy a pedirle que me remita, si le es posible, aquella Memoria sobre la campaña de los brasileros contra Artigas que Ud. me prometió en Montevideo (...), así como otros papeles relativos a Artigas, cuya vida pienso publicar muy pronto”.

Durante el primer lustro de la década del 60 las relaciones entre Argentina y Uruguay estuvieron en situación muy delicada. Lamas representó al Uruguay ante al gobierno argentino encabezado por Mitre. En 1862, Lamas fue nombrado Agente Confidencial del Uruguay en Buenos Aires. En el contexto de las negociaciones, Mitre introduce en una carta del 4 de mayo la siguiente reflexión:

“Le agradezco mucho el diccionario Topi de González Diper. Por muy mal que anden las relaciones diplomáticas de nuestras respectivas repúblicas, espero que nunca se interrumpen las fraternales relaciones que en nombre de la República de las Letras cultivaremos, por cuanto su territorio es sagrado para los brutos, y no es fácil conquistarlo a punta de lanza, ni hacerse presidente de ella a balazos y caballadas”.

Comentarios trascendentes pues dan una clave para entender que los vínculos intelectuales eran fuertes entre quienes podían estar divididos por problemas coyunturales, pero estaban unidos por afinidades literarias y específicamente historiográficas. Emerge claramente la barrera divisoria entre los “civilizados” y los “bárbaros”, clivaje fundamental para comprender las conceptualizaciones del momento y las miradas que sobre presente y pasado realizaban los políticos e historiadores.

La correspondencia generada en el marco de este conflicto revela cómo los artífices de la historiografía eran también protagonistas de la historia: no solo narraban el pasado, estaban seriamente comprometidos con el presente.

Volviendo a la faz específicamente intelectual debemos consignar que Mitre y Lamas realizaron permanentemente intercambio bibliográfico y documental.

Lamas le facilitó materiales conseguidos en Europa, por ejemplo, libros seleccionados del catálogo de Brockhaus, pues tenía en Londres una persona que se encargaba de enviar todo lo que se le pedía desde Latinoamérica. Fue, también, su principal proveedor de obras relacionadas con la historia brasileña —*Novo orbe seráfico Brasilico* de Jaboatam, *As primeiras negociacoes diplomáticas respectiven ao Brazil* de Vernhagen, *Brazil and the brazilians* de Kidder y Fletcher, *Eusecio crítico sobre a viagem ao Brazil* de Mausfield, y *Voyage aux provinces brésiliennes de Pará et des Amazonas*, de Belmar - en virtud de los múltiples contactos que tuvo con ese país. Le reclama en varias oportunidades que le remita las novedades aparecidas en Buenos Aires, tanto en libros como en documentos. Se confiesa un coleccionista empedernido y le duelen los “vacíos” en su biblioteca, especialmente de materiales argentinos.

Lamas le hace permanentemente pedidos a Mitre pero, y al mismo ritmo, le ofrece contribuciones. Como indicamos ut supra, era una regla de oro la reciprocidad entre autores, y una necesidad permanente renovar ese “contrato” que animaba el fondo de todas las relaciones intelectuales. Lamas no cesa de recordarle a su interlocutor que las corresponsalías mutuas ofrecían, a pesar de la distancia, una vía privilegiada para actualizaciones en materia de libros y documentos; fue siempre así, incluso cuando el uruguayo residió en Río de Janeiro desempeñando funciones diplomáticas.

Mitre procedía de la misma manera, reiteradamente enviaba y solicitaba información, así como datos insólitos.

De la correspondencia Mitre-Lamas puede percibirse la triangulación de la información tan común en la época.

Otro de los aspectos relevantes es la erudición de ambos y sus principios historiográficos, es decir la definición de una teoría de la historia basada en un solo propósito en torno al cual articularon métodos y estilos narrativos: la búsqueda de la verdad.

La inclusión recíproca en instituciones académicas vinculadas con la historia fue durante mucho tiempo una vía utilizada por los investigadores para proyectarse en otros medios y conseguir insumos heurísticos. Mitre y Lamas no fueron una excepción, el uruguayo fue invitado a integrar el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata, como Mitre lo había sido del Instituto del Uruguay durante la Guerra Grande. Lamas lo relacionó a Mitre con el Instituto del Brasil del que era miembro, y se ofreció para vincularlo con otras asociaciones europeas dedicadas al estudio de la historia y de la geografía.

Lamas era un punto de contacto con Uruguay y Brasil que Mitre siempre aprovechó para difundir sus obras. En ocasión de proyectar la publicación conjunta –Gutiérrez, Mitre, y Lamas– de una colección de libros y documentos sobre la historia del Río de la Plata, Lamas le expresa que buscaría apoyo del gobierno de Montevideo y de sus vinculaciones en Río de Janeiro para encontrar suscriptores.

Mitre, tenía en alta estima a su amigo, especialmente como conocedor de la historia y coleccionista.

En el marco de estas relaciones intelectuales entre autores de distintas nacionalidades merece un lugar Carlos Calvo, uruguayo de nacimiento pero argentino por adopción. Aparentemente sus relaciones con Mitre eran buenas. Algunas cartas escritas desde Montevideo, durante el tiempo en que ejerció en esta ciudad la representación consular, lo muestran siempre dispuesto a facilitarle a Mitre la documentación que pudiera necesitar. Buscó documentos en el archivo público y se preocupó

por evacuar dudas de tipo erudito como, por ejemplo, la autoría de una Memoria titulada Sobre los sucesos de armas, etc.

En el terreno metodológico hay una carta a Santiago Arcos que revela a Mitre como respetuoso e incluso entusiasta defensor del manejo de fuentes alternativas como, en el caso concreto, la observación directa:

“Lo que he extrañado en su libro es que sea más original y más animado cuando habla de lo que no ha visto; y que no apele a sus recuerdos y a sus impresiones personales cuando narra los sucesos de que ha sido actor. Así veo que en la campaña de Cepeda, por ejemplo, en vez de decir lo que sabía, ha extractado gran parte de la relación del Anuario de Ambos Mundos, cuando tenía usted en su memoria materiales más ricos, más exactos y más llenos de novedad y verdad” .

Otorga al recuerdo personal una importancia decisiva, en cuanto brinda un plus narrativo derivado de su frescura y novedad pues, evidentemente, al ser un testimonio original, no se encuentra consignado en otro lugar.

Juan Ma. Gutiérrez fue otro de los historiadores destacados que sostuvo un frecuente intercambio epistolar con los principales intelectuales de su época. Con Mitre el vínculo fue muy fluido y dominó la temática “literaria” que refleja el gusto de ambos por comentar obras, y compartir información.

Gutiérrez eras un observador sagaz y crítico. Hizo interesantes reflexiones sobre lo que consideraba un atraso notorio de la cultura argentina en relación con la chilena. Comentando un libro que le enviaron de Chile dice:

“Me hace el efecto de un acicate en el flanco de un potro lerdo: me alientan a moverme, y (lo confieso en el seno del amigo) me avergüenzan al proporcionarme la ocasión de comparar el atraso en que nos hallamos en ciencias y en letras con respecto a aquella República, sobre cuyo adelanto intelectual influyeron tanto los argentinos, como el mismo Lastarria lo confiesa en el informe sobre Los juicios críticos de los Amunátegui”.

Gutiérrez revela el convencimiento de los dirigentes argentinos de la necesidad de apelar a la historia como recurso

insoslayable para cumplir las metas nacionales proyectadas. Esto justificaba, por ejemplo, enviar investigadores a archivos extranjeros para relevar todos los documentos útiles para el conocimiento del pasado nacional. Su juicio es tajante:

“La historia es la estatua de la imagen de la patria, necesitamos levantarla, ancha como nuestro río, alta como el Aconquija”.

Y tenía razón, ubicándose en la mentalidad de la época resulta perfectamente coherente esta afirmación con la tarea, ciclópea, de afirmar la viabilidad de un país muy joven que había sido transido por guerras internas y externas. La “patria” y la nación son construcciones intelectuales, el conocimiento histórico era una herramienta privilegiada para “levantarlas”.

Pedro de Angelis fue el gran paria de la historiografía rioplatense luego de la derrota de Rosas. Sus colegas no le perdonaron el apoyo al dictador, pero su prestigio era tan grande que en los breves años que mediaron entre Caseros y su muerte, recobró, el respeto de algunos de ellos. Se conservan algunas cartas de 1856 de de Angelis dirigidas a Lamas de las que puede inferirse que éste lo trató con bastante consideración. Estas misivas tienen el doble encanto de contener una serie de reflexiones críticas sobre el Buenos Aires post-Rosas de alguien que estuvo dentro del sistema, y de brindar información relativa a las relaciones y proyectos historiográficos de dos figuras representativas de la escuela erudita.

De Angelis ofrece una visión disonante de la sociedad bonaerense en relación con lo que la mayoría de los miembros del sociolecto encrático presentan, tanto en relación con lo político como con lo que presentaban como avances del progreso. Habla como un censor: indica y condena la actitud revanchista del gobierno de Buenos Aires, que procede de forma similar a la de Rosas. Estaba indignado por la injusticia generalizada del gobierno que afectaba a toda la sociedad. Relativiza los avances materiales quitándoles toda la dimensión civilizadora que desde el

gobierno se les quería dar. En última instancia era un “progreso” en perjuicio del pueblo porque las obras afectaban al erario constituido con el aporte de todos los bonaerenses. Aunque no utiliza la palabra, evidentemente acusa de corruptos a los gobernantes del momento y sugiere la existencia de coimas y prebendas. El bienestar del que tanto habla el gobierno es mentiroso, constituye un engaño que parece funcionar bien en el extranjero, pero que fronteras adentro nadie se lo cree pues el propio pueblo no pudo disfrutar del tan mentado progreso.

Domingo Faustino Sarmiento, sin ser historiador, fue uno de los intelectuales más preocupados por la historia. En su correspondencia con Lamas puede apreciarse claramente su propósito por estrechar relaciones con él e intercambiar materiales. Lo distingue como un político de primera línea, que resultó decisivo en el desenlace de la Guerra Grande. Sus cartas frecuentemente tratan de estos temas -este factor sin duda jugó a favor del uruguayo para intensificar sus vínculos con Argentina- que en los momentos álgidos de la secesión de Buenos Aires con le resto de la Confederación fueron recurrentes.

Una de las cartas de Sarmiento resulta muy significativa del valor de la historia para aquellos hombres que se sentían constructores de sus respectivas naciones. A propósito de un litógrafo que acababa de publicar en Chile una serie de retratos de personajes célebres de ese país acompañados cada uno de una biografía, le comunica a Lamas que el artista

“Quiere hacer el Panteón argentino de hombres célebre y de solo pensarlo veo surgir las augustas figuras de Liniers, Moreno, Castelli, Belgrano, Funes, Brown, Alvear, Rivadavia. Los Varelas, Artigas, Quiroga, López, Rosas, Guemes, entrarían como pimienta fuerte para dar sabor acre a aquella salsa; y los nombres de Lamas, Mitre, Alsina, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Pacheco y toda la pléyade de ambas riberas, figurarán al pie de las biografías de aquellos personajes. (...)

“¿No salta Ud., no brinca, no ríe y se restrega las manos, al presagiar cuanto de bueno podemos hacer, tributando a los objetos de nuestro culto el elogio

que merecieron, fustigando en lo pasado el crimen triunfante para condenación de lo presente y futuro?

“Animo almas de poca fe! Reconstruyamos, creemos si necesario fuere una patria noble, alta, grande. Rehabilitemos nuestro pasado (...). Abramos un refugio para el patriotismo, el talento, perseguidos, oscurecidos o calumniados hoy; y si hemos de sucumbir bajo la fuerza de la barbarie colonial e indígena, hagamos nuestro testamento, muriendo con gracia, cayendo en actitudes artísticas, irreprochables, como el gladiador romano. (...)”

Testimonio de enorme importancia por constituir una imagen perfecta de las convicciones dominantes en el sociolecto encrático del que formaba parte quien las exponía. Tiene también significación que el pensamiento corresponda a un neófico en la historiografía.

La enumeración de personajes establece tres categorías claramente definidas: los buenos, los malos, y los que dan cuenta de unos y de otros. Hombres de pensamiento y ciudad, hacedores de la Revolución de Mayo, enfrentados a los caudillos que contribuyeron a destruir la obra de los primeros. Evidentemente que la civilización y la barbarie se oponían en singular batalla: esa dialéctica pautó el devenir de los países rioplatenses. Una galería de personajes célebres de la historia argentina no podía prescindir de los caudillos porque perdería sentido: la historia de Artigas explica, contribuye a entender, la historia de Rosas y por ende da razón histórica a la lucha que la generación del 37 y sus acólitos realizaron en favor de la reimplantación de los ideales de mayo para “regenerar” la patria.

Pero ni los “buenos” ni los “malos” tendrían “vida” si no existieran los historiadores: los narradores del pasado que actualizan hechos y personas. Estos historiadores, que se creían descendientes ideológicos directos de los hombres de mayo serían los encargados de trazar los relatos fundantes de la Argentina, y por añadidura del Uruguay. Clarísima explicitación de la convicción que uno de los representantes del sociolecto encrático tenía de la misión que debían cumplir ante la historia, y la forma

de hacerlo. Mitre lo sugiere en otras partes, pero nunca con tanta claridad como Sarmiento.

Los biografiados son los “objetos de nuestro culto” a los que era menester elogiar para “rehabilitar” el pasado. Propone una tarea purificadora más literaria que histórica, o fruto de una historia fuertemente ideologizada –dicho esto sin ánimo de menospreciarla, pues toda historia en cierta medida tiene una ideología subyacente que se manifiesta ocasionalmente bajo la forma de una teoría- que debería poner las cosas en su lugar dando a la patria lo que se merece: un sentido, una razón de ser para justificar su existencia y salvaguardarla de las fuerzas nefastas de la “barbarie colonial”.

La historia al servicio de una tarea formadora de conciencia nacional, de eso se trata. Intenta entusiasmar a Lamas y le pide enfáticamente que comente la idea con sus amigos para ver si llevaba adelante esa empresa. Confiaba en que en un año podría estar la obra terminada.

De un intelectual que coquetea con la historia volvemos ahora a un especialista como Lamas, también representante del sociolecto encrático y coincidente con el sanjuanino sobre el rol asignado a la Historia en la coyuntura decimonónica. Son muy reveladoras las palabras dirigidas a Norberto Costa referidas a su posible integración a una “Comisión del Monumento de Mayo”:

“(...) Los monumentos nacionales son páginas históricas colocadas a la luz del sol y al alcance del ojo del pueblo, a cuya atención se imponen y cuyo sentimiento nacional despiertan y mantienen.

“Y todo lo que puede perpetuar y difundir el conocimiento popular de la historia y de las tradiciones nacionales tiene la mayor importancia porque la comunidad y la solidaridad histórica son más poderosos como elementos de cohesión nacional que la comunidad del origen y que la comunidad del idioma.

“Esto es verdad en todos los pueblos, y de ahí proviene el respeto, la veneración con que las sociedades mejor radicadas y homogéneas mantienen los monumentos de su pasado, y el solícito esmero con que, cuando la ignorancia los ha deformado o el tiempo los ha injuriado o dormido, los

restauran conservándoles, fielmente, el carácter, la expresión, las formas que les diera el pensamiento y el arte de su tiempo por atrasado, por tosco que sea.

“Pero esta verdad tiene mayor importancia y encierra más trascendentales consecuencias cuando se trata del destino de los monumentos históricos que existen o de los que va a erigirse en nacionalidades o colectividades nuevas, como las nuestras, con extensos territorios desocupados y abiertos a la inmigración de hombres de otros origen, de otros antecedentes y de otra educación política, porque la conservación, el culto, la difusión de las tradiciones y de los ideales de estas nacionalidades nuevas deben concurrir, como sus escuelas y su legislación agraria e industrial a la asimilación, a la vinculación, a la nacionalización, en una palabra, de esos hombres que vienen a poblar sus territorios o que en ellos nacen.

“Sentadas estas premisas, de ellas se deducen, en primer lugar, el deber de conservar, devolviéndoles su carácter primitivo, los monumentos genuinos, auténticos, de nuestro pasado, cuya sencillez y suma pobreza, renuevan y enseñan con elocuencia soberana que el patriotismo sincero, viril, abnegado, al cual debemos nuestra independencia y nuestra libertad, es una fuerza más poderosa y más eficiente que las riquezas materiales; y, en segundo lugar, el de darles a los que se erigen de nuevo la expresión más típica, más clara y comprensible, casi diría legible, del suceso o sucesos que se conmemoran, y mayor semejanza posible a las personalidades que deban recomendarse como ejemplo y como estímulo a la veneración de la presente y de las futuras generaciones.

La anécdota refiere a los monumentos instalados en la vía pública para ornato de las ciudades, pero no afectan la esencia del pensamiento: el valor y funcionalidad de la historia al servicio del sociolecto encrático.

Los referentes pretéritos contribuyen a la pedagogía de las masas transmitiendo ideales y valores concurrentes a su “nacionalización”. El pasado de un pueblo –sus hombres y hechos notables- sirven para la cohesión nacional. Esto tiene para Lamas dimensión de ley válida para todas las sociedades, especialmente la jóvenes que se encuentran con serios problemas de integración de sus naturales y, además, de los inmigrantes -fenómeno considerado con preocupación en ese momento-.

El Estado debía aprovechar los instrumentos disponibles para asimilar bajo un corpus de convicciones comunes a todos los

pobladores del territorio sobre el cual ejerce su autoridad. La escuela, la legislación, el periodismo y la propia historia constituyen los vehículos del sociolecto encrático para imponer lo que parece una “religión de la nacionalidad” expresada en las expresiones “culto” y “veneración”.

El sentimiento nacional marcharía al compás de los referentes pretéritos –libros, monumentos, pinturas, discursos, artículos, etc.- que permitirían originarlo y mantenerlo. En este sentido, los intelectuales encráticos, y especialmente los historiadores, tienen la responsabilidad de elaborar los mitos de origen mediatizados por el discurso narrativo y audiovisual –himnos, banderas, monumentos-. Estos referentes son, en opinión de Lamas, los elementos nacionalizadores más efectivos.

Todo lo expresado era una convicción generalizada e indiscutible en la época. Cuando alguien amenazaba atacar algunas de las convicciones “sagradas”, era tratado literalmente como un hereje y “excomulgado”, separado de la comunidad y silenciado, por lo menos eso se intentaba. En Uruguay el ejemplo más claro lo constituye la prohibición del libro de Francisco Berra en los establecimientos educativos y la destitución de Luis Desteffanis de su cátedra universitaria por poner en duda algunos aspectos de la figura de Artigas -que en la década del 80 comenzaba a reivindicarse, especialmente por el gobierno de Santos, artífice de las medidas mencionadas-.

En pro de la religión de la patria algunos hombres olvidaban pasados rencores y procuraban “adaptar” el pasado, de la forma menos traumática posible, a las necesidades de su presente.

Podríamos seguir en una largísimo enumeración de los personajes que le escribieron a Lamas y mantuvieron con él un proficuo intercambio intelectual. Baste mencionar los nombres de Isidoro de María, Vicente G. Quesada, o Mariano Pelliza, pero sería abundar demasiado en tópicos ya expuestos y analizados con detenimiento. Sí parece relevante consignar que intentó abrir

posibilidades de relacionamiento con personalidades de otras regiones como con el Presidente de Paraguay Carlos Antonio López a quien obsequió libros y solicitó el envío de materiales histórico-geográficos de ese país para enriquecer su colección ; y fomentó la suscripción a revistas extranjeras con las que colaboraba pensando que al difundir noticias del Río de la Plata contribuía a fomentar la venida de inmigrantes, la instalación de capitales extranjeros .

&&&&&&&

Las redes de intercambio intelectual constituyeron en la segunda mitad del siglo XIX un recurso invaluable para los historiadores argentinos, uruguayos y chilenos que otearon el pretérito en pro de certidumbres cohesionadoras.

La información y los ejemplos expuestos constituyen un esfuerzo primario por conocer los circuitos que acercaban a aquellos intelectuales y les facilitaban los recursos para cumplir su labor de investigación que era asumida con perfiles patrióticos.

Recordemos que, al fin de cuentas, las naciones son construcciones imaginadas, productos discursivos creados por una comunidad de historiadores que, paradójicamente, desde la República de las letras, contribuyeron a definir las fronteras objetivas y subjetivas de las repúblicas americanas.